

Schomberg gruñó entre dientes.

— Haced mucha sed, y miss Huming es una esponja.

— El hecho de que hayan llegado, — continuó diciendo Riverac, — no quiere decir que la inglesa esté ya libre. Las amigas de la reina son espías de gran habilidad.

— ¡Una esponja! — repetía el beodo; — una esponja mojada, que yo querría exprimir para beberme el contenido.

Sin hacer caso de estas interrupciones, Mercœur preguntó á Riverac :

— ¿Dónde crees tú que se encuentra?

— ¡Ahí! — dijo el conde señalando con el índice al hotel silencioso.

Habían ya pasado los jóvenes, cuando se produjo un movimiento extraño de los objetos amontonados bajo el sobradillo, y el hombre de la capa salió de tras un montón de cajas, dirigiéndose lentamente hacia los bosquecillos que encuadraban el juego de pelota formándole un á modo de verde marco.

XI

SOLANGE

Dejamos á la marquesa de Villanueva, á su hija Solange y á su modesto acompañamiento en la encrucijada de la Cruz Roja en el momento en que, intrigado por los gritos de Glorieta, hubo de llegarse hasta ellas Bernardo de Arma, aconsejándoles se apresurasen á ganar su domicilio para evitar posibles peligros.

Guiada por Cortansio que empuñaba la antorcha cedida por el caballero, la pequeña caravana aventuróse por la callejuela del Dragón, y dando vuelta á la abadía de San German, ganó la calle de los Santos Padres, que no era entonces otra cosa que un camino lleno de baches que utilizaban los propietarios de las tabernuchas instaladas en el Prado de los Clérigos.

Llegados á la entrada de la plazoleta que separaba el Hotel de la casa de las Miñonas, la luz de la antorcha de Cortansio iluminó un grupo compuesto de dos mujeres y otros tantos hombres.

Una de las hembras, una joven, vestía rico traje oriental, oculto en parte por un albornoz de blanca lana y parecía no hallarse en su verdadero centro en la compañía de los que con ella se encontraban, los cuales, á juzgar por los andrajos de que se hallaban cubiertos debían ser clientes asiduos de la corte de los milagros.

La otra mujer podía contar como hasta treinta y tres ó treinta y cinco años, y ¡cosa extraña! no obstante sus andrajos, observábase en ella cierto aire de soberana y nativa distinción, así como la ausencia del raciocinio se leía sin dificultad en su mirada incierta é inexpressiva.

Esta mujer se llamaba, ó mejor dicho, la llamaban *Divina la loca*; nadie sabía quién era ni de dónde llegaba. Si la gran cofradía del reino de Argot la adoptó, fué porque, con razón ó sin ella, atribuíasele el don de curar determinadas heridas.

De los dos hombres, el uno, apodado *Almizcle*, ejercía la profesión de caracterizador de pobres, á los que pintaba heridas ó llagas con propiedad asombrosa; y el segundo, *Tafouilleux*, no conocía rival en el difícil arte de disfrazar á sus compañeros para impedir que fuesen reconocidos por los guardas del Prevostazgo; y tanto el uno como el otro eran de lo mejorcito entre la clase maleante de Paris, pues sus oficios respectivos permitíanles vivir sin necesidad de acudir al robo, y aun obtenían pingües beneficios de Salem-Kebir, quien les empleaba con frecuencia, aunque en secreto.

Por si el lector no la ha reconocido, diremos sin

rodeos que la joven del blanco albornoz no era otra que Fiamma. Dirigiase hacia la casa de las Miñonas, no por su voluntad, sino obedeciendo órdenes recibidas del físico del Canciller, cuando al atravesar la plaza había creído reconocer en una mujer que por allí pasaba á Divina la loca, á quien trataba y quería, y habíase lanzado tras ella, sorprendida y aún inquieta al ver á la pobre loca errando, sola y de noche, lejos de la corte de los milagros donde tenía su albergue.

La casualidad hizo que se reuniese con ella en el momento mismo en que llegaban en su busca Almizcle y Tafouilleux. Estos, al ver aparecer de pronto á Cortansio portador de una antorcha y seguido de tres damas, sintieron cierta confusión, y, por costumbre sin duda, disponíanse ya á adelantarse para solicitar una limosna, cuando Fiamma los detuvo con ademán imperioso, exclamando á media voz:

— ¡Silencio, y no avancéis, en nombre de Sidi-Salem!

Ni el nombre del rey, ni siquiera el del Prevoste de Paris, temido cual ninguno, hubieran producido el saludable efecto que produjo el que la joven acababa de pronunciar. Los dos artistas bajaron la cabeza y se detuvieron sin formular la menor protesta.

El viejo escudero había apenas mirado el extraño grupo, y no porque no fuera curioso, sino porque en aquel solemne instante hallábase dominado por profunda é invencible emoción.

— Nobles damas, — dijo levantando la antorcha de manera á iluminar el señorial escudo esculpido sobre

la puerta del Hotel. — Dios se ha dignado oír mis preces, cuando ya nada esperaba de su misericordia infinita, y satisface mis deseos cuando yo ya dudaba... Diez años llevo esperando este momento, aquel en que me sería dado ver entrar en la casa solariega de los Villanueva-Marsan á la señora marquesa María, mi excelente ama...

Divina la loca habíase fijado en el grupo, y hubo de estremecerse al oír la voz de Cortansio. Prestó gran atención á las palabras del escudero, y mientras éste hablaba, ella repetía :

— ¡Villanueva-Marsan!... ¡María!... ¿Dónde he oído yo pronunciar esas palabras?

La frente de la loca se contrajo, como si realizara poderoso esfuerzo para fijar algún recuerdo fugitivo.

— ¡Llamad, Cortansio! — ordenó la marquesa. — Los Peiragude deben esperarnos.

Esta vez la loca se estremeció con violencia, golpeando después la frente con furor como para hacer salir de ella algo que allí estuviera encerrado. Por lo visto, después de parecerle reconocer la voz del escudero, la de la señora de Villanueva acababa de hacer vibrar en ella una cuerda atrofiada desde mucho tiempo antes.

La agitación de la loca sorprendió á Fiamma.

— ¿Qué es lo que le pasa? — se preguntó. — ¿Se propondrá atacar á la marquesa? Tal vez esa señora le disgusta... Con los locos no se sabe nunca lo que más conviene... Creo que lo mejor será que la alejemos de aquí...

Persuadida de ello hizo una seña á los dos artistas, y el caracterizador y el transformista de la corte de los milagros cargaron con la loca, no obstante su resistencia. Iban ya á desaparecer con su carga tras la esquina sudeste del establecimiento de la Pulpa, cuando hubo de rasgarse sin duda el velo que obscurecía el cerebro de la demente.

— ¡María! ¡María! ¡María! — gritó por tres veces.

El ruido del aldabón férreo, sacudido por la mano de Cortansio, cubrió en parte el eco del triple grito de la loca; sin embargo, aunque muy debilitado, llegó á oídos de la marquesa, quien se estremeció al escucharlo. Volviéndose en la silla, quiso sondear las tinieblas.

— ¡Agítad la antorcha! — ordenó.

El viejo escudero apresuróse á obedecer, pero la marquesa no vió nada, nada. Espoleados por saludable miedo, Almizele y Tafouilleux, galopaban hacia el Sena con la loca á cuestas, quien ya no se resistía, limitándose á llorar, salmodiando una triste canción que los dos artistas conocían sobradamente.

Buscando voy á mi hijo
que se me llevó la guerra;
haga el cielo que lo encuentre,
permita Dios que yo vea
aquella ardiente mirada
de aquellos ojos que ciegan...

La señora de Villanueva, que nada había podido ver, según acabamos de decir, ahogó un suspiro.

— Si no supiera, — murmuró, — que mi pobre Blanca no existe, juraría que esa voz... ¡Pero bah! ¡Imposible!...

En este momento se dejó oír la voz chillona de miss Huming.

— Las gentes del Hotel deben tener el sueño pesado, — dijo.

— Llamad de nuevo Cortansio.

Por segunda vez sonó el blasonado aldabón.

— ¡Válanos Santa Genoveva, patrona de Paris! — gritó alguien en el patio. — Sin duda los normandos llegan por el Sena otra vez... ¡Ya va, ya va!

Oyóse el chirriar de cerrojos herrumbrosos; la antigua puerta giró sobre sus goznes enmohecidos, y al resplandor de la antorcha pudo verse en el umbral, el perfil de una mujer pequeña y de edad ya avanzada á juzgar por su cabellera casi blanca.

Cuando la marquesa pasó junto á la antorcha para franquear la puerta, la anciana unió sus manos en ademán de sorpresa, y las lágrimas asomaron á sus ojos. Luego dióse á gritar con todas sus fuerzas:

— ¡Aquí, Colomban, Silverio, Gualberto! Llegad todos... Vuestra señora ama vuelve á su casa como en los buenos tiempos... ¡Acorred los Peiragude! ¡Pronto, pronto! ¡Dios del Cielo! Con lo que yo he rogado por ella... Buenas noches, Cortansio; tu barba encaneció sin duda, pero te reconozco... Y los Peiragude que no llegan... ¿Pero qué hacen, mi buen Jesús? ¡Gualberto! ¡Silverio! ¡Colomban!... ¿Estáis sordos ó estropeados? Venid con antorchas, y prontito, ó de arre-

pentiros habréis toda vuestra vida de haber podido faltar á vuestro deber de fieles servidores...

Miss Huming entraba á su vez en la casa, y la parlanchina vieja exclamó al verla:

— Yo no se si mis ojos están buenos, ¡han llorado tanto! pero me parece que ésta no es mi Pierrila... ¿Habrá incurrido en vuestra desgracia?

— No, mujer; — le indicó el escudero. — Dentro de unos días la tendrás aquí.

— ¡Dios sea loado! Ya me parecía á mí... ¡Santos ángeles! — añadió interrumpiéndose y tomando al pasar la mano de Solange para llevarla á sus labios. — ¿No es ésta mi dulce Genoveva?

— Por Dios, Francisca, — gritó la marquesa volviéndose.

— Es verdad, es verdad; perdonadme, noble dama. No puedo acostumbrarme á la idea de que tal desgracia es cierta... Pero en ese caso, ésta es mi Solange, la tercera... la segunda que amamanté á mis pechos, quiero decir...

Detúvose la vieja falta de fuerza y de aliento, y también porque le era preciso cerrar el portón. Los cuatro caballos estaban parados en el centro del patio, bastante espacioso, pero que parecía pequeño, como oprimido por las dos alas del macizo edificio.

La claridad mortecina de la antorcha donada por Sed de Amor alargaba las sombras ecuestres, proyectando fantásticas siluetas en la fachada del cuerpo principal del Hotel, compuesto de dos pisos. Los arimeces, mucho más bajos, estaban ocupados, uno de ellos por

las cuadras y el otro por los guardianes, á quienes servía de domicilio. Dos pasages abovedados abrían sus enormes bocas en el punto de unión de las alas con el Hotel propiamente dicho, y servían de comunicación entre el patio y los jardines.

De pronto el patio se iluminó espléndidamente: tres hombres, uno viejo y dos mozos, acababan de hacer irrupción en él, armados de lampadarios y procedentes del arimez de la izquierda. Eran los Peiragude, los servidores siempre leales á los Villanueva-Marsan; Colomban, el padre, y Silverio y Gualberto, sus hijos, fuertes los tres y los tres bravos, esposo é hijos respectivamente de la vieja Francisca, y además padre y hermanos de la frescota Pierrila que se quedara en Bonaguil...

— Muchachos, — gritó Colomban — he aquí que se realiza el sueño que tuve no hace mucho; la aurora aparece en plena noche... Doblád la rodilla, hijos míos. ¿Visteis jamás rendir el homenaje ligo? Pues Peiragude lo debe á Villanueva-Marsan antes que al rey.

Dicho esto, dió él el ejemplo, mientras que miss Humming sonreía irónicamente. Ella, que tanto habíase codeado con los reyes y de quien se decía ser la más querida favorita entre las que rodeaban á Catalina de Médicis, sólo podía sentir profundo desdén por aquellas manifestaciones de lealtad, que en su fuero interno calificaba de ridículas ceremonias.

En fin, ayudadas la una por Cortansio y la otra por Francisca, la marquesa y su hija se apearon; y terminado el besamano, dijo la noble dama lentamente:

— Tomasteis por realidad vuestro sueño, Colomban; porque ello es que mientras un duro cautiverio retenga al gran marqués lejos de los suyos, ninguna alba de alegría podrá iluminar las tristezas de mi duelo.

Los Peiragude habíanse levantado: al oír á la marquesa inclinaron las frentes, permaneciendo silenciosos; las palabras de la señora constituían una ducha helada que apagó el entusiasmo por ellos expresado poco antes.

Maria de Villanueva continuó diciendo:

— Posible es, hablando de otra cosa, que os sea difícil encontrar el modo de prepararnos una colación, aunque sea ligera... En tal caso la culpa es sólo nuestra, pues debimos advertiros de nuestra llegada...

— Hubiera sido inútil, noble dama, — dijo Francisca. — Nosotros no hemos dudado nunca de que llegaríais un día ú otro, más tarde ó más temprano... Somos los Peiragude, y los Peiragude conservan, gracias á Dios, la fe. Por eso nos decíamos: Si los amos se presentan aquí, de día ó de noche, es preciso que encuentren la mesa puesta, las habitaciones aireadas, fuego en las chimeneas, ropa limpia en las camas recién hechas, y gentes dispuestas á servirles...

— ¿Eso habéis hecho Francisca? — preguntó admirada la marquesa.

— Todos los días.

— ¿Durante diez años?

— Diez años hace, noble señora, que no hemos olvidado esos deberes ni un solo día.

Miss Huming contemplaba con asombro, y con la curiosidad con que se contemplan ciertos fósiles, á aquellos servidores extraordinarios que sabiendo á sus amos desterrados ó en la cárcel, habíanse sin embargo preocupado de adoptar tales precauciones. En realidad, dudaba de que todo aquello fuese cierto.

La vieja Francisca sonreía. El efecto causado por sus palabras recompensábala con creces del trabajo que se impusiera durante tanto tiempo.

— Vuestras gentes ocupan sus puestos, noble dama, según acabáis de ver, — continuó diciendo. — Dentro de un instante podréis cercioraros de que el polvo no ha invadido jamás los muebles de vuestras habitaciones y de que vuestros lechos están prontos á recibirlos, pero ante todo debéis confortar vuestros estómagos... La señora marquesa está servida: puede cuando guste pasar á la mesa...

Como si sólo hubiera esperado estas palabras para ponerse en marcha, Colomán subió los escalones de la gradinata de honor y abrió la puerta que daba al gran vestíbulo. Alumbradas por Cortansio y por Silverio, la marquesa, su hija y miss Huming, subieron á su vez, dejando los caballos á Gualberto.

Francisca no había exagerado. La limpieza en el vestíbulo era extremada. Todo en él relucía: los cobres, los cueros, las panoplias, en términos que la esposa del gran marqués se sintió conmovida viendo todo aquello tan limpio como si lo hubiese abandonado la víspera. Y sin embargo hacía diez años que faltaban del Hotel.

En realidad hubiera podido creerse bajo el imperio

de una pesadilla, y rejuvenecida de diez años al terminar el horrible sueño, si la garra implacable del tiempo no hubiese dejado impresa su huella indeleble no sólo en su semblante si que también en su corazón.

Cierto es que á los treinta y cuatro años, una mujer se halla aún en plena juventud y en pleno desarrollo de sus personales encantos; y María de Villanueva habría podido creer en la inexistencia de los últimos diez años, de no tener al lado suyo un testigo que acreditaba la realidad de su destierro. Solange en efecto era una niña en la época en que María hubo de alejarse de París, y habíase convertido en una joven.

En ello pensaba la marquesa cuando se abrió la puerta del comedor. Aquello fué un asombro. Francisca habíase quedado corta al hablar del trabajo que se impusieran los Peiragude. Todas las tederas estaban encendidas; y con su mesa puesta, brillantes los cubiertos, limpiísimos los vasos, llenas las botellas, y las sillas en su sitio, el comedor parecía esperar á los dueños de la casa, por más de que nada, una hora antes, hubiese podido hacer prever su próxima llegada.

El servicio no fué ciertamente el de un festín; pero resultó muy aceptable; carnes ahumadas, pollos fiambres, pastel de liebre, queso de cabra, confituras diversas, y frutos secos para postres. Era más de lo que se necesitaba para acallar por el momento el apetito de los viajeros.

Luego de hacer honor á tan original é inesperada cena, despidió la marquesa á sus fieles servidores, y besando en la frente á Solange, hizose acompañar por

miss Huming á sus habitaciones ; y despedida á su vez la inglesa, encontróse al fin la antigua castellana de Bonaguil sola con los penosos recuerdos de su felicidad perdida, que iba evocando uno tras otro en aquella estancia, testigo mudo en otros tiempos de sus únicas alegrías : las que le proporcionaron sus castos amores.

La vieja Francisca, empuñando un lampadario, conducía entretanto á Solange hasta su cuarto de niña, situado, como el de su madre, en la parte oeste del Hotel.

— Señorita, — dijo la anciana colocando en su sitio el lampadario, — he aquí la alcoba en que dormíamos ambas en mejores tiempos.

— ¡ Cómo ! ¿ las dos ? repitió la joven acercándose á la ventana y poniendo la frente en el cristal que el visillo caído dejara al descubierto.

Pero no podía ver nada. Fuera, hacia la izquierda, el Prado de los Clérigos hallábase sumido en la obscuridad ; enfrente, y limitando la plaza, distinguíase confusamente el sobradillo de la casa de las Miñonas bajo el cual parpadeaba algo así como dos reflejos luminosos.

— Sí, las dos ; — había repuesto Francisca ; — porque yo soy la madre de Pierrila que tiene vuestra edad y es vuestra hermana de leche. Pero ¡ qué veo Dios santo ! Esos malditos visillos han ido á escoger este momento para caerse, vencidos sin duda por la edad...

Tomó sobre el lecho la colcha de encaje, y empujando un asiento hacia la ventana,

— Voy á improvisaros una cortina, — dijo — que

servirá para esta noche... Los clientes que frecuentan la casa vecina son curiosos, ó deben serlo, puesto que son jóvenes ; pero se quedarán con la curiosidad.

Al asomarse á la ventana, Solange creía ver á Sed de Amor, quien no había llegado aún á su observatorio. Y no pudiendo verlo por esta razón perentoria, apartóse de aquel sitio, dejando á su nodriza en libertad para instalar la provisional cortina.

Seis años contaba Solange cuando por primera vez se alejara de aquel cuarto, y á esa edad tienen ya las niñas como un embrión de cerebro. Ahora, al verse de nuevo en su cuarto, recordaba los miedos que le causarían en otro tiempo los personajes de las escenas mitológicas bordadas en la tapicería, y el terror que le inspiró siempre una tederá de cinco mecheros que representaba la mano amenazadora del gigante Polifemo.

Sonrió la joven al recuerdo de sus pueriles temores, y dos lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas al descubrir en uno de los rincones de la estancia su cuna de otros tiempos, ocupada por una muñeca. Y es que aquella cuna y aquel juguete traían á su imaginación el recuerdo de una gran figura, ya algo borrosa en su cerebro : la figura de un hombre joven, arrogante y afectuoso, que llegaba todas las mañanas para estrecharla con amor contra su vasto pecho.

— ¡ Padre ! ¡ pobre padre mío ! — murmuró.

Pero al punto otra preocupación llegó á sacarla de su incipiente melancolía.

— ¿ Por qué el caballero Bernardo de Arma habíase

alejado precipitadamente de ellas al oír el grito de angustia de una mujer desconocida? ¿Por qué dejarlas en el momento mismo en que un peligro las amenazaba?

Pensando en ello, Solange experimentaba, aunque sin querérselo confesar, algo así como un principio de celos.

Como buena hija de Eva, aquella joven que creciera y se educara en una estufa, como una flor rara, proponíase conservar para ella sola al primer hombre que había hecho latir su corazón, no de amor, — ¡qué sabía ella de eso! — pero sí de la satisfacción, del orgullo que le causaba el verse cortejada con respeto. Además, Bernardo le interesaba porque entre ambos existía un secreto; el de lo ocurrido en la gruta de la Magdalena, de que fueron consecuencia inmediata sus misteriosas citas en el parque.

¿Había pensado Solange en la posibilidad de que Bernardo pidiera un día su mano? Tal vez. Sin embargo, tal eventualidad no podía preocuparla, porque no se le ocultaba que en el cálculo de probabilidades no podía entrar la de que fuera concedida la mano de una Villanueva-Marsan á un caballero desconocido, sin porvenir y sin fortuna.

Demás de esto, y no obstante su ninguna experiencia de la vida, proponíase en su fuero interno no enajenar su libertad sin recibir en cambio sólidas garantías de compensación, en amor y en riquezas.

El defecto dominante en la joven era el orgullo. Tenía buenos sentimientos y excelente corazón, pero este

hallábase dominado por la cabeza, y en esta última el cerebro hallábase dispuesto á ahogar, en caso necesario, la voz del sentimiento por alto que esta hablase.

Siendo esto así, ¿qué esperaba Solange obtener del caballero? Nada más de lo que estaba segura de haber obtenido ya de él. Para ella, Bernardo no era otra cosa que un lindo juguete preferido, que no quería ver entre otras manos; guardábalo ó pretendía guardarlo exclusivamente para ella, suponiendo que á él debía bastarle, para su personal satisfacción, el saberse aceptado como suspirante platónico.

Más tarde, si como era de esperar presentábase el esposo ideal por ella soñado, daríase á éste, como es lógico, y razonable, y reservaría al caballero que no pudo obtenerla por su inferior condición social, el único puesto á que éste podía aspirar en justicia, el de preferido simbólico.

Sin embargo, y mientras dicho marido ideal no se presentaba, la señorita de Villanueva-Marsan deseaba ser idolo único del caballero, y hubiera sufrido cruelmente de un abandono ó de un engaño de parte de Bernardo, porque lo amaba á su modo...

¡Extraña joven, y extraño amor el suyo!

Mientras ella pensaba en todas estas cosas, Francisca había acabado de colocar la improvisada cortina. Al descender del taburete, vió á miss Huming que acababa de entrar, y que se ocupaba en disponer sobre el lecho la ropa de noche para Solange.

El saco de noche que contuviera dicha ropa hallábase abierto ante ella.

Dirigiéndose hacia Solange, le preguntó en voz baja:

— Señorita, ¿es esta joven vuestra camarista?

Solange contestó con brusquedad:

— Buena Francisca, yo me he acostumbrado á servirme sola, y continuaré haciéndolo así hasta que llegue Pierrila.

Esto equivalía á decir: deseo que me dejen en paz. Miss Huming debió comprenderlo así, porque desapareció por una puerta, después de hacer una fría reverencia.

Una vez fuera de la estancia hubiérase podido oír cómo murmuraba:

— Esta pécora de Villanueva anda enamorada de un espadón. Lo he visto claro en la encrucijada de la Cruz-Roja... ¡Qué emoción la de la señorita al oír las palabras del caballere! Pero para algo me ha puesto aquí mi soberana, que se interesa por el duque Rolando de Saboya-Nemours... Pues como hay Dios que ambos quedarán bien servidos.

Solange, por su parte, había detenido á su nodriza en el momento en que ésta se disponía á retirarse, y llevándola hasta la ventana, le preguntó luego de levantar un poco la cortina improvisada:

— ¿Qué es lo que hay ahí, en esa parte tan oscura?

— Un sitio encantador y maldito al mismo tiempo, — dijo Francisca. — Encantador durante la tarde, y maldito por la mañana. Ese es el terreno que los gentileshombres escogen para sus duelos: el Prado de los Clérigos.

Solange se estremeció, y dejando caer la cortina, despidió á Francisca.

En aquel mismo instante Sed de Amor llegaba á la plaza y comenzaba la vigilancia en que le sorprendimos en uno de los capítulos anteriores. En él dijimos lo que el joven pudo ver, desde el instante en que se despidió de él Cortomontel y en que Matraca fué en busca de las monturas y también de la deseada cena, hasta el en que observó que la luz del cuarto de Solange habíase apagado.

La señorita de Villanueva-Marsan durmió mal aquella noche. No obstante el cansancio del viaje, pasó soñando la mayor parte del tiempo durante el cual hubiera deseado descansar.

El primer movimiento de la joven al despertar por la mañana muy temprano, fué un movimiento de natural curiosidad al encontrarse en aquel cuarto que no le era familiar. Sobre el reclinatorio vió un grupo en mármol, en el que no hubo de reparar la vispera por la noche, y deseando examinarlo de cerca se lanzó resueltamente del lecho.

— ¡Nosotras! — dijo uniendo sus manos con ademán de adorable sorpresa.

Era una obra escultórica sin pretensiones, debida al cincel de un nieto de Donatello; un grupo no muy voluminoso, representando dos niñas preciosas, enlazadas, una rubia y otra morena. Esta diferencia podía establecerse porque según la moda de la escuela de Ferrara, las caballerías de las dos niñas fueron talladas en mármol coloreado, aplicado después en el sitio correspondiente.

Había representado el artista á las niñas besándose

en la boca, entrelazados sus brazos gordezuelos con cándida ingenuidad de infantiles enamoradas. Tenían en verdad la belleza de los ángeles, y por su sorprendente parecido adivinábase enseguida que eran hermanas.

Solange, contemplando el grupo, monologaba :

— ¡Nosotras! ¡Ella y yo!... ¿Cómo he podido pasar tanto tiempo sin acordarme de ella?

Así diciendo la joven tomó el grupo y puso sus labios en la cara de la niña rubia.

— ¡Genoveva! — murmuraba ahogando los sollozos que levantaban su pecho descubierto, aún de escaso desarrollo. — ¡Mi adorada Genoveva! Mi hermanita... ¡La mejor de las dos... ¿Qué habrá sido de ella, Señor? ¿Por qué, Dios mío, me la quitasteis?...

Solange se interrumpió para escuchar. Habíale parecido oír vago rumor fuera.

No era, no, error de sus sentidos, como creyó al pronto. Una voz varonil, que ella conocía bien, acababa de pronunciar este nombre : Bernardo, caballero de Arma. Luego oyó otros nombres, muchos nombres, entre ellos, en primer término, el de Rolando, duque de Saboya Nemours...

La joven no retuvo ninguno de aquellos títulos; toda su atención estaba concentrada en espera de oír de nuevo aquella voz, de ella conocida, que acababa de hacer palpar tumultuosamente su corazón de virgen.

Pero no vibró de nuevo. En cambio Solange creyó oír aterrorizada, ruido de aceros que se entrecruzan y chocan. Dejando el grupo de mármol á los pies de la

cama, corrió á la ventana, abrióla de par en par, y se inclinó hacia fuera. Desde allí dominaba la vista la mayor parte del juego de pelota y casi todo el Prado de los Clérigos. Y lo que vió en aquel momento hubo de helar la sangre en sus venas.

Ocho hombres, espada y daga en mano, atacábanse con furor en presencia de otros seis que les contemplaban en silencio. Detrás de un matorral disimulábase un hombre, cubierto de amplia capa, oculto el rostro por el ala del sombrero. Esto fué lo que de pronto pudo ver Solange.

Fijándose algo más, observó, con sorpresa incomprendible, dado el espanto que la dominaba, que los dos combatientes que ocupaban un sitio en el centro del juego de pelota eran idénticos por su cara, por su estatura, por todo, en fin, hasta el punto de que la confusión entre ellos era posible.

Nemours esgrimía sus armas frente á Solange, quien pudo advertir que el joven comenzaba á aflojar. ¿Qué pasó entonces en ella? Nadie podría decirlo. Es lo cierto que durante un instante agitó como una loca los desnudos brazos, y que gritó de pronto :

— ¡Bernardo!

Luego, sin que sea posible explicar si ese grito fué lanzado con objeto de favorecer al caballero de Arma ó á su adversario que cedía, la joven, victima de emoción intensísima, tuvo apenas tiempo de hacerce atrás, y perdido el conocimiento, cayó de espaldas sobre el suelo de la habitación.